

dra, sin que el bandido pudiese ver el movimiento que hizo su guía para hacerla mover.

Tres pasos mas léjos y de la misma manera, se abrió una tercera puerta.

Pero esta era tan baja, que fué preciso que el carnicero se encorvase hasta la tierra para pasar el dintel.

Cuando se enderezó, la puerta volvió á cerrarse.

La antorcha se había apagado.

El tesoro había desaparecido.

—Traidor! estàs perdido!—esclamó Goys.

Y se lanzó hácia delante.

Pero apénas hubo dado cuatro ó cinco pasos, cuando se tropezó violentamente con una pared y cayó hácia atrás.

Vuelto del aturdimiento que le habia causado la caída en medio de las mas espesas tinieblas, se levantó, y andando lentamente con los brazos tendidos, buscó una salida.

Pero por todas partes no halló mas que paredes, y el suelo, que golpeaba con el pié, no daba mas que un sonido mate, que anunciaba un aislamiento absoluto.

Aquí y allí habia toneles vacíos, y dos ó tres que parecia que estaban llenos.

El carnicero trasasó con su cuchillo uno de los últimos: no salió de él nada, y la hoja penetrando en el interior, despidió un sonido metálico.

Y era que en efecto, el saqueador estaba en el lugar en que Marcelon habia depositado las especies confiadas á su custodia; pero no podia alegrarse de ello, porque estaba cogido como en una ratonera.

Sin embargo, aquel lugar debia tener muchas salidas, puesto que Marcelon, que habia entrado el primero, habia desaparecido sin volverse.

Esta reflexion que hizo el prisionero, le tranquilizó un poco, y volvió á empezar á sondear las paredes, introduciendo su cuchillo aquí y allí, entre los intersticios de las piedras.

Despues de algunos toques, la hoja del cuchillo se rompió, y este fué el único resultado que obtuvo.

Desesperado, creyéndose condenado á morir de hambre, y á podrirse en aquella tumba, aquel hombre que á la luz del dia habia afrontado mil veces la muerte, lloró como un niño.

Luego se puso á lanzar gritos terribles, golpeando con los piés y con las manos hasta que cayó en tierra, anonadado y con los puños ensangrentados.

Cómo, pues, habia desaparecido Marcelon?

Porque efectivamente, la cueva en que estaban depositadas las especies, tenia dos salidas.

Por una se llegaba siguiendo el itinerario que acabamos de trazar.

La otra daba á una pieza subterránea vecina, de donde, por una pequeña escalera tajada en la espesura de la pared, se llegaba á las habitaciones secretas del Louvre.

Esas dos salidas estaban cerradas con puertas de piedra, las que, por medio de un ingenioso mecanismo, se abrían y se cerraban á una palabra, por decirlo así, delante de los que no conocian el secreto, y las que, estando cerradas, no ofrecian ninguna solucion de continuidad entre ellas y las paredes de que parecia tomar parte.

Despues de haber subido la pequeña escalera tallada en la pared, el tesoro se detuvo junto á la puerta secreta que daba al aposento del duque.

Allí se sentó en el último escalon, á fin de esperar que cesaran los clamores que aun se oían por todas partes, y que la oscuridad de la noche le permitiese salir de ese escondite y escaparse de los bandidos que acababan su obra de destruccion.

Miéntas tanto, Caboche y los suyos continuaban saqueando y devastando; pero el número de los que rodeaban al terrible capitán disminuía cada instante, en cuanto los saqueadores no hallaban que coger.

Entónces se antojó á Caboche y á los que estaban ménos cargados de botín, visitar la torre de Nesle; este monumento que hacia un siglo habia adquirido una tan fúnebre celebridad, donde algunos suponian que el duque de Berry habia depositado una parte de sus riquezas, opinion á que daba cierto peso el estado de defensa en que el príncipe habia puesto aquella torre.

Algunas horas ántes, el acceso á ese monumento habria sido difícil si no imposible, y ántes de que los mas valientes asaltantes hubiesen penetrado en él, hubiera corrido mucha sangre.

Pero, desde las plataformas, por las ventanas ó por las saeteras, los guardias encargados de defender aquel punto habian visto asesinar á todos sus camaradas, habian sido testigos de todas las escenas horribles que habian pasado, y convencidos de la imposibilidad de resistir, habian buscado su salvacion en la fuga, escapándose por la puerta del agua, ya apoderándose de algunas barcas, ya atravesando el rio á nado.

No habia, pues, mas que romper puertas para penetrar en aquel retiro, donde oraba y gemia la bella y dulce Blanca, abandonada por aquellos á quienes su padre habia encargado especialmente de su cuidado.

Con todo, eso no era fácil de ejecutar, porque no se habia ahorrado nada para que aquellas puertas pudiesen resistir á los golpes mas furiosos.

Lo mismo que cuando el asalto dado á la tesorería, las hachas y las mazas fueron inútilmente empleadas al principio.

Tampoco el fuego tenia donde hacer mucha presa, porque aquellas puertas tenian muchas barras de fierro.

Tuvieron que recurrir de nuevo á las palancas, por cuyo medio arrancaron algunas piedras y de este modo lograron derribar la primera de aquellas pesadas masas.

Parecia que la pobre Blanca sentia romperse su corazón á cada golpe que al resonar le anunciaba la procsimidad de aquellos furiosos.

Pronto le fué imposible orar.

El espanto alteraba su razon.

Sus doncellas, no ménos aterrorizadas, corrian despavoridas de un piso á otro, pidiendo socorro, y no recibiendo por respuesta mas que los gritos y los juramentos de los salteadores.

Al ruido de la caída de la segunda puerta, que cayó con estrépito, derribando consigo una parte de la pared y aplastando á muchos asaltantes, todas aquellas desgraciadas mugeres se precipitaron en el aposento, donde su jóven señora, presa de la desesperacion, se torcia las manos y se maltrataba el rostro.

—Perdidas! perdidas!—esclamaban.—Ha llegado nuestra última hora!

—En nombre de Dios Nuestro Señor y de la Santísima, Virgen no me abandoneis!—gritaba Blanca.

Pero ellas no la oían y repetian sin cesar:

—Han matado á todos....y nos van á asesinar como á los demas....perdidas!....perdidas!

Y los golpes continuaban resonando en las puertas, y moviendo las paredes.

Y á cada momento se acercaba aquel ruido terrible; porque la dificultad no hacia mas que aumentar la rabia de aquellos furiosos.

La última puerta resistía aún; pero no podia tardar en ceder, porque le habian arrancado una parte de sus herraduras.

En este momento se efectuó en el espíritu de Blanca una resolucion singular.

Cesó de correr su llanto; en sus facciones se pintó una calma solemne; y reparó rápidamente el desórden de sus vestidos.

Ya no quiero llorar ni temblar,—dijo con una voz segura adelantándose en medio de sus afligidas doncellas;—eso es conceder demasiado á esos asesinos. Mi padre acostumbra decir que no hay nada tan espantoso como el peligro visto de léjos. Seguidme, y vamos á verle de cerca.

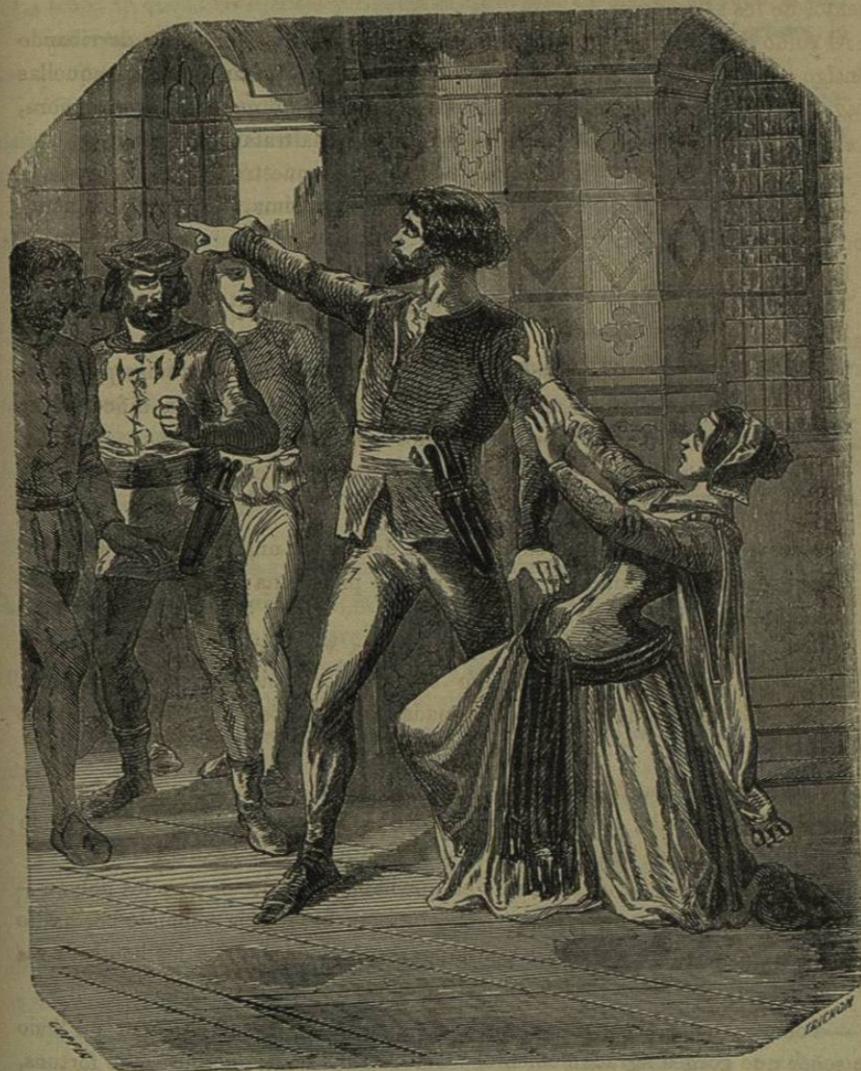
Todas creyeron que habia perdido completamente la razon, y se esforzaron en detenerla; pero ella, con un ademan imperioso les impuso silencio, y saliendo del aposento donde se habia refugiado, se adelantó hácia la escalera.

—Señores,—gritó en un momento en que habian cesado un poco los golpes;—¿no habeis matado bastante, y quereis consumir la victoria tomando por asalto esta torre, donde no estamos mas que mugeres, á quienes todos los hombres valientes y gloriosos deben respeto y proteccion?

—Por mi alma!—dijo Caboche teniendo el hacha levantada,—oid un lindo ruisenor que gorgoea agradablemente. Compañeros, creo que buscando fortuna, no hemos encontrado mas que un nido de tortolillas.

Entónces estalló la cólera de los compañeros del capitán; pero este último, se volvió á los descontentos y exclamó:

—Por la muerte de Jesus! que quien de vosotros piense que he hecho mejor botín que él, que venga á verme cara á cara! Por el diablo! Oigo reir cuando



BIBLIOTECA
U. A. N. L.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA

me agrada, y no tengo cuchillo ni hacha, sino para que se me obedezca. Atrévase alguno á venir á mí y le envío á la caldera del diablo!

Estas palabras hicieron mas efecto que el que habria hecho un elocuente discurso.

La tropa se quedó en silencio y Blanca se aprovechó de él para levantar la voz.

—Señores,—dijo,—dejadnos en paz y os tendremos por bravos y corteses, lo que de otro modo no podríamos hacer en conciencia.

—Noble señora,—respondió Caboche con su mas graciosa voz, que se diferenciaba muy poco del rugido de un toro,—os prometemos la vida y la libertad por un rescate.

La conversion era enorme, para gentes de aquel temple y en semejantes circunstancias; pero Caboche se sentia repleto de sangre y fatigado de matar.

El gran capitan necesitaba distraerse.

—No golpeis mas,—continuó Blanca,—para que os recibamos con nuestra voluntad.

Y, como no se renovaron los golpes, Blanca, con sus manos blancas y pequeñas, corrió los cerrojos, y la puerta se abrió delante de los asaltantes.

Blanca era tan joven y tan bella, que al mirarla, el terrible capitan, se quedó hecho una estatua.

Las doncellas de la joven habian caido de rodillas pidiendo gracia; pero ella se habia quedado de pié.

—Señor,—dijo á Caboche,—vos sois seguramente el gefe de los valientes defensores que vienen á cuidarnos, y como tales os recibimos.

—Señorita,—respondió el carnicero lleno de turbacion,—si no hemos venido para eso, no dejaremos de hacer bien este oficio, y os cuidaremos contra todos, aunque sean el diablo y sus súbditos.

Pero los que iban á las órdenes del terrible capitan, no estaban en tan buenas disposiciones.

—Adelante! adelante!—gritaron muchos de ellos;—no estamos aquí para cantar al amor. Adelante.

Caboche, que sintió que le empujaban por detras, se volvió vivamente diciendo en un tono amenazador:

—Compañeros! no soy vuestro capitan general para recibir vuestras órdenes. No repitais esas palabras sediciosas, ó por las tripas de Satanás, que os haré ver que soy quien os mando.

Ciertamente que Caboche era temible y muy temido; pero en ese momento habia en aquellos hombres ébrios de sangre y de vino, demasiada ecsaltacion, para que pudiesen intimidarles aquellas amenazas.

Por otra parte, acababan de ver á las doncellas de Blanca, todas jóvenes y hermosas, y esa nueva sobrecitacion no era muy propia para docilitarlos.

Y blandiendo sus armas con frenesí, gritaron de nuevo:

—Adelante! adelante!

Al mismo tiempo, muchos, lanzándose sobre Caboche y la pared, se precipitaron en medio de las mugeres como lobos en un rebaño.

En un abrir y cerrar de ojos, muchas de aquellas desgraciadas fueron cogidas y llevadas á los aposentos.

Entonces Caboche, volviéndose de nuevo hácia los otros que se disponían á seguir aquel ejemplo, comenzó á hacer terribles arabescos con la hoja de su cuchillo, cuyo movimiento era tan rápido, que se hubiese creído que de él brotaban chispas.

—Idos al diablo, perros bribones!—esclamaba.—Que me sofoque la peste si no vacío hasta el último!

Y uniendo la ejecución á la amenaza, iba hiriendo á golpes redoblados, derribando un hombre á cada golpe, lo que le era tanto mas fácil, cuanto que no era ancha la escalera, y no tenia de frente mas que uno ó dos adversarios.

Su boca ecshalaba espuma.

Parecia que los ojos iban á saltársele de sus órbitas.

La sangre corria en su derredor.

Sus desnudos brazos estaban ensangrentados, y heria rugiendo como un leon.

En un momento se halló tan llena de cadáveres y de escombros la escalera, que hubiese sido imposible pasar sin mucho trabajo por esa barricada improvisada.

Habiendo visto caer á sus compañeros, los últimos hombres de la banda, no juzgaron á propósito correr la misma suerte.

Huyeron con precipitación, dejando á su capitan rodeado de muertos y de moribundos.

Blanca, que al principio habia estádose detras de Caboche, se habia retirado despues junto á una de las ventanas que daban sobre el rio.

Luego habia subido al borde de la ventana, resuelta á precipitarse en el agua, ántes que resignarse á la suerte que sufrían sus doncellas, cuyos gritos llegaban hasta sus oídos.

No teniendo ya Caboche á quien matar, se detuvo un instante, pasó por su frente una de sus manos ensangrentadas, como para atraer sus recuerdos; y luego, adelantándose hácia Blanca con la punta de su arma inclinada hácia el suelo y con el capirote en la mano le dijo:

—Señorita, espero que no tendréis miedo á un servidor como yo; pero solo no puedo defenderos suficientemente en este lugar que ahora está sin puertas y sin rejas.

—En nombre de Dios Nuestro Señor,—dijo la jóven,—os suplicamos que vais á socorrer á mis compañeras, cuyos gritos podeis oír desde aquí.

Entonces recordó Caboche que muchos de sus hombres se habian llevado á las mugeres que pedían gracia de rodillas; y reanimándose de repente su furor, se lanzó hácia el lugar de donde salían los gritos.

—Perros condenados!—gritaba.—Por San Miguel, que no volveréis á caer en semejante pecado, sino en el infierno.

Bien pronto, á los gritos de las mugeres sucedieron rugidos, blasfemias, ruido de armas, y prolongados gemidos.

Era Caboche que acababa su obra, y quien pocos momentos despues volvia al lado de Blanca, seguido de las hermosas víctimas á quien habia libertado.

—Señorita,—la dijo,—habiendo adivinado quien sois, no os lo preguntamos. Pues bien, si hemos obrado así sabiendo que sois hija de un armagnac, traidor al rey y á monseñor el duque de Borgoña, no debeis temer fiaros en mí.

Blanca no podia ver sin espanto á aquel hombre, cuyo aspecto era verdaderamente espantoso; porque de muchas heridas que habia recibido, su sangre corria abundantemente, y se mezclaba á la de los que habian sucumbido bajo sus golpes.

Con todo, la audacia le habia valido mucho para que ella se dejase dominar de nuevo por el temor.

Haciendo, pues, un esfuerzo sobre sí misma, mandó á sus doncellas que llevaran agua y lienzo, y con sus lindas manos, algo temblorosas, comenzó á lavar las heridas del terrible carnicero, tocándolas con tanta delicadeza, que el rudo compañero no sentía nada; pero veía, y se creía trasportado á otro mundo.

—Ah!—hizo él lanzando un formidable suspiro,—no todos los ángeles están en el paraíso. No hay armagnac que valga, pues por tan buena dama, da gusto dejarse romper los huesos.

Blanca se ruborizó, y sus pequeñas manos temblaron un poco mas que ántes. Semejantes palabras, dígalas quien las diga, son una dulce música para los oídos femeninos, y no era un pequeño triunfo haber domesticado á aquel tigre.

La curacion continuaba y Caboche hubiera querido que jamas hubiese concluido.

—Señor,—le dijo Blanca, que conoció que aquel era el momento propicio para obtenerlo todo,—puesto que sabeis quien soy, os suplicamos nos deis una escolta para ir al lado del rey nuestro señor, pues quiero ponerme bajo su real proteccion hasta la vuelta del príncipe nuestro padre.

Caboche hizo un movimiento terrible. Sus puños se cerraron, su frente se arrugó, y sus ojos relampaguearon.

—Su vuelta!—esclamó con una voz de trueno. Blanca retrocedió dos pasos, y la jarra con agua que tenia una de sus doncellas, cayó á los piés del capitan, quien se calmó súbitamente y continuó con su voz ménos ruda:

—Señorita, ninguno sabe hoy o que sucederá mañana. No hablemos de mañana, sino de ahora. Pues bien, no puedo daros escolta, porque me he quedado solo en este lugar; y por otra parte, el hotel de San Pablo donde quereis ser conducida, no sería actualmente para vos un asilo seguro y que os conviniera.

—Oh! señor,—dijo Blanca juntando las manos,—no habeis hecho tan nobles promesas en nuestro favor, sino para dejarnos en tan lastimoso estado?

—Señorita, lo que he hecho, lo repetiría inmediatamente si fuese necesario; pero no soy ni príncipe, ni rey, y si tengo servidores no puedo darles órdenes desde aquí.

—Dios mio! Dios mio!—esclamó Blanca con un acento desconsolador.

Y sin embargo, se volvió á acercar al capitán para acabar de curar sus heridas. Caboche no comprendía nada de lo que sentía.

Aquella torre medio arruinada donde acababan de pasar tan sangrientas y espantosas escenas, le parecía un lugar de delicias de donde nunca habría querido salir.

—Vamos,—dijo como si acabara de tomar de repente una gran resolución,—hay cosas estrañas en la paz que no lo son en la guerra, y ahora estamos en guerra, y lo estaremos mientras que Armagnacs y Burguiñones tengan sangre en las venas. Así, pues, no puedo hacer nada mejor por vos, que ofreceros un asilo en mi casa; en el atrio de Nuestra Señora.

Blanca sintió calosfrios.

—Cierto que no es residencia de príncipes,—dijo el capitán, á quien no se escapó el movimiento de la jóven, é inmediatamente continuó:

—Señorita, os suplicamos que no tengais ningun temor. Los Caboche no tienen habitacion régia ni de príncipes; pero en ella no falta nada de lo necesario, y allí hallaréis buenas gentes, y entre ellas mi madre y mi hermana para servirlos, y tambien á vuestras doncellas, si os place llevarlas con vos.

Blanca apeló de nuevo á todo su valor, porque bien conocía que no podia permanecer en aquel hotel tan saqueado, sin correr á cada instante los mas grandes peligros; y si persistía en ir al hotel de San Pablo, tenía que temer que allí la trataran como enemiga y la pusieran presa, al mismo tiempo que perderia la proteccion de Caboche, quien ya habia hecho tanto por ella, y que era el único hombre de resolución con quien pudiese contar en aquel momento.

—Señor,—le dijo con una voz cariñosa,—sois hombre demasiado valiente para no ser leal, y por eso quiero tener en vos una fé absoluta. Todas, pues, iremos á vuestracasa, si quereis llevarnos á ella, y si teneis algun medio de trasportarnos con el fin de no llamar la atencion de las gentes que nos quieren mal.

El capitán general de los vecinos, ó mas bien de los carniceros de Paris, se puso radiante, y un instante despues, se hizo en él una completa transformacion.

—Noble señorita,—continuó en el tono que debió tener Hércules volteando el huso de Onfale,—permaneced en esa ventana para que inmediatamente me hagais oír vuestra angélica voz en caso de que os suceda algo, mientras que voy á preparar todo para hacer lo que quereis.

Blanca volvió á temblar, considerando que iba á quedarse sola con sus doncellas en medio de aquellos cadáveres cuya sangre humeaba todavía.

—Por Dios!—dijo juntando las manos,—no tardeis en volver.

De los ojos de aquel hombre terrible brotó un inmenso relámpago de alegría. No pudo responder.

La dicha le sofocaba.

Pero la espresion de su semblante fué mil veces mas elocuente que cuanto hubiera podido decir.

Se lanzó por la escalera, pasó saltando las barricadas formadas de cadáveres y de escombros, y en un abrir y cerrar de ojos, llegó á la puerta del agua.

No habia allí ninguna especie de vehiculo, porque la guarnicion de la torre se habia apoderado de todos para escaparse; pero los restos de los muebles y de la tapicería, echados en el agua por los furiosos que acababan de devastar el hotel, y de los que estaba cubierto el rio, habian atraido barcas de pescadores que recogian aquel botin.

—Muchacho!—dijo Caboche al patrón de la barca que estaba mas cerca de la torre,—aborda aquí, y ganarás mas que con espumar el agua.

El batelero, pensando que quien hablaba era alguno de los gefes de los saqueadores que habia hecho un buen botin, no se hizo del rogar, y se acercó á la puerta del agua.

—Permanece ahí,—le dijo el carnicero,—voy á darte una linda carga que llevar hasta Nuestra Señora, y eso te valdrá este escudo de oro, y otro, y aún otros dos cuando desembarquemos, si estamos satisfechos de que sabes conducir bien tu nave.

Hablando así, Caboche habia puesto un escudo de oro en manos del batelero, y este se habia confirmado en su primera idea, al ver las vendas ensangrentadas que cubrian las heridas del capitán.

Caboche volvió á subir rápidamente al aposento donde habia dejado á Blanca y á sus doncellas.

—No tardemos, si os agrada,—dijo:—ahí abajo tenemos una buena barca y un buen remero, para llevarnos sin obstáculo á la Cité.

Entonces Blanca adelantándose hácia la escalera dió la señal de la partida.

El carnicero pasó por delante de ella para escombrar en lo posible el camino, y gracias á su fuerza hercúlea, que no parecía haberse debilitado por la sangre que habia perdido, Blanca y su escolta femenina llegaron muy pronto á la barca, en la que entró el mismo Caboche en cuanto todas estuvieron en ella.

La naturaleza de aquel hombre era estraña, ó mas bien era la naturaleza humana en toda su contestura primitiva.

En una misma hora hubiera desafiado á Dios y al diablo, é intentado escalar el cielo y el infierno.

Acababa de romper las cabezas, de arrojar al viento las entrañas de todos los que habian intentado resistirle, é inmediatamente despues, espiaba con una mirada humilde y sumisa la menor señal de favor, de descontento ó de satisfaccion

que se manifestaba en las facciones de una débil jóven, á quien habria despedazado sin piedad algunas horas ántes.

La barca subia el río con bastante rapidez, porque miéntras que remaba el batelero, Caboche, saliéndose de su vichero, empujaba con todas sus fuerzas, porque estaba muy impaciente por llegar á su casa, y pensar con libertad en las consecuencias que podría tener todo aquel suceso.

Al cabo llegaron á la estremidad oriental de la isla de la Cité, un poco ántes de ponerse el sol.

La barca se detuvo, todos los pasajeros saltaron en tierra, y Cabache, al través de las callejuelas fangosas y fétidas que del atrio desembocaban al río, condujo á Blanca y á sus compañeras, cuyos piés pequeños resbalaban á cada instante en el fango, ó tropezaban contra las piedras angulosas que en algunos sitios formaban el empedrado.

—Señorita,—dijo á Blanca, que ya habia lanzado algunas exclamaciones de espanto ó de dolor,—este terreno no es bueno para piés tan delicados, y no tengo cabalgaduras que ofreceros sino mis brazos, los que, si quereis, os servirán de litera.

Blanca se ruborizó hasta lo blanco de los ojos, no por la proposicion que se le hacia, sino porque se moria de deseos por aceptar, porque sus pequenitos piés se habian desgarrado cruelmente contra las piedras.

Felizmente Caboche, de acuerdo con la sabiduría de las naciones, pensaba que *quien calla otorga*, y como Blanca no respondió, la alzó en sus musculosos brazos, y la llevó hasta su habitacion, donde fué acogido por los gritos de alegría de todos los suyos, quienes le creían muerto.

—Madre,—dijo poniendo á Blanca en la trastienda, donde se ecshalaba un olor de sangre corrompida, que poco faltó para que asficsiara á la pobre Blanca,—sabad, y no olvideis por vuestra salvacion, que en este momento teneis la felicidad y el honor de ver bajo nuestro techo á una princesa de sangre real, y si os place, tratadla como tal, lo mejor que podais, así como á sus doncellas.

La madre de Caboche se inclinó respetuosamente ante la jóven, y la hermana del capitán se apresuró á ir á preparar el mejor aposento de la casa, miéntras que una criada llevaba escabeles para todos, y miéntras que el mismo Caboche llamaba á sus mancebos, y les mandaba poner la mesa y llevar vino.

Todo eso se hizo muy pronto; pero Blanca y sus compañeras apénas comieron, porque estaban rendidas por las terribles emociones del día.

—Señorita,—decia Caboche entristecido,—os habia dicho bien que no soy rey ni príncipe; pero por favor no desdeñeis al plebeyo que quisiera veros reina del cielo.

Blanca, conmovida por esas palabras le tendió la mano.
El capitán la tomó con ardor, y poniendo una rodilla en tierra la oprimió contra sus lábios.

De repente una mortal palidez cubrió su semblante, sus ojos se cerraron, sus manos desfallecidas erraron en el vacío, y cayó desvanecido.

Blanca lanzó un grito de espanto.

Uno de los robustos mancebos que acababan de poner la mesa, tomó en brazos á su amo, y lo llevó á una pieza vecina.

—Bah!—dijo volviendo algunos minutos despues,—el capitán estaba cansado. Ha matado tanto hoy!.....

La frente de Blanca se oscureció; pero juzgó conveniente callar, y en silencio fué como ella y sus doncellas siguieron á la hermana de Caboche, cuando esta se ofreció á conducir las á los aposentos que las habian preparado.

XIV.

Marcelon y Goys.—Blanca y Caboche.—Blanca é Isabel de Baviera.—Es bueno tener amigos en todas partes.—Vuelta del duque de Berry al hotel de Nesle.—Caboche y Tomas de Meroq.

Marcelon, el tesorero á quien dejamos en el último peldaño de la escalera que conducia á los aposentos secretos del duque de Berry, permaneció allí, segun hemos dicho, hasta que concluido el ruido en el hotel, pudo esperar no tener malos encuentros.

A media noche, viendo que un profundo silencio habia sucedido al tumulto, empujó un boton, que dejó resbalar un tablon del enmaderado, y avanzó silenciosamente, tendiendo los brazos, poniendo el oído, y deteniéndose al menor murmullo del viento.

Así llegó á los patios, donde en ese momento reinaba el silencio de la muerte.

Y, como era uno de los mas antiguos servidores del duque de Berry, y como todo el hotel le era perfectamente conocido, llegó á las cocinas, y en medio de las tinieblas, á pesar de la devastacion y del pillage, de que no se escapó ninguna parte de aquella residencia, logró hallar algunas provisiones de boca, de las que se proveyó cuanto pudo, calculando la hambre que él y su preso podian te-